



NANCY, JEAN-LUC (2000). *LA COMUNIDAD INOPERANTE*.  
CHILE: LIBROS ARCÉS-LOM



En *La comunidad inoperante*, Jean-Luc Nancy revisa el concepto de comunidad, como idea propia del pensamiento moderno, que concibe que a partir de la razón el ser humano puede alcanzar una suerte de sociedad utópica donde se realicen los ideales de justicia, igualdad y libertad ilustrados de manera cooperativa.

En contra de las nociones occidentales comunitarias, Nancy dedica gran parte de su pensamiento a deconstruir el «mito» de una sociedad primitiva que subyace al discurso moderno, precisamente para cuestionar la naturaleza de un poder presuntamente inmanente, y sustituirlo por una concepción relacional de lo comunitario.

Para llevar a cabo esta deconstrucción, siendo fiel a Derrida (su maestro) Nancy compara el concepto moderno de sociedad (*Gesellschaft*) con el concepto premoderno (*Gemeinschaft*), el cual remite a una sociedad idílica, y armoniosa en la que los lazos comunales son reales, opuestos a la alienación y la desintegración social, consecuentes del incipiente individualismo que ha desintegrado los valores y las normas comunitarias.

Nancy salta rizomáticamente a lo largo de la historia ofreciendo ejemplos de cómo un gran número de pensadores han analizado el mismo concepto, hasta convertirlo en lugar común. Encontramos así la idea de comunidad perdida en todo tipo de paradigmas: desde la familia natural, la polis de Atenas, la República romana, la comunidad cristiana, el buen salvaje rousseaniano, hasta las comunas. Esta suerte de horizonte, o nostalgia de un pasado mejor es recurrente en el pensamiento político occidental. Sin embargo, Nancy considera que el concepto real de comunidad todavía no ha sido identificado, y es necesario sacarlo a la luz, para evitar la alienación de los individuos.

Cabe contextualizar esta revisión de la idea de comunidad en un momento en que el ideal comunista ha devenido, de facto, en políticas totalitarias. Nancy asiste a la «crisis del Comunismo», es decir, a la caída de los gobiernos denominados socialistas de la Europa del Este, la cual se encuentra ligada al fin de los ideales utópicos del 68. De forma incidental, estos hechos marcan el consecuente triunfo del pensamiento liberal, hasta el punto de que pensadores como Fukuyama, concluyen con que la caída del comunismo implica el fin de la historia. A partir de aquí, Nancy se preguntará, paralelamente a otros contemporáneos como Habermas, si otro modelo comunitario es posible, dado que el triunfo del positivismo y del industrialismo ha dado paso a un nuevo paradigma de individuos atomizados.

En primer lugar, Nancy aborda la idealización de las sociedades comunitarias a partir de la desconfianza: «ya sea que esta conciencia se conciba a sí misma como retrospectiva, o que, haciendo caso omiso de las realidades del pasado, construya imágenes de este en aras de una visión ideal, debemos desconfiar de ella».

En efecto, subraya el filósofo que la búsqueda de una identidad ha sido una de las preocupaciones occidentales desde los inicios de su filosofía, así como uno de los motivos del disenso, y la confrontación entre pueblos. Desde el momento en que nuestra historia se identifica con la partida de Ulises, y el inicio de la rivalidad, se dibuja un escenario bélico que va a caracterizar la ideosincrasia occidental.

La identidad, la necesidad de volver una y otra vez sobre la idea de la pertenencia a un grupo étnico ha sido el criterio utilizado en las sociedades comunistas, pero también en nuestra sociedad actual, y en los orígenes de Occidente para demarcar la diferencia entre el bien y el mal, entre el nosotros y ellos, lo cual ha servido y sirve como argumento para legitimar la violencia de unos estados sobre otros. No hay más que echar un vistazo al concepto de «problema migratorio», que sigue intacto a día de hoy: los ciudadanos de todo el mundo sospechan que los valores de los grupos de inmigrantes puedan amenazar la identidad de su región, afectando así a la solidaridad social. El temor en Europa Occidental, y otros lugares, parece ser que cualquier afluencia de extranjeros pueda cambiar la vida pública tan dramáticamente que ponga en peligro la identidad propia.

Por otra parte, Nancy nos pide que también sospechemos de las sociedades democráticas que se presentan como defensoras de la libertad

y los derechos humanos. En efecto, la década de los 80 en Occidente representa el triunfo de la tecnocracia, cuyo fin dista mucho del concepto originario de soberanía popular. El máximo síntoma de la pérdida de la comunidad se encuentra en la experiencia de ese individuo atomizado que ha perdido la capacidad para relacionarse en sociedad. El nuevo horizonte mercantilista no sigue los intereses de los ciudadanos, sino exclusivamente los del mercado. Al convertir la sociedad en un producto intercambiable, se diluye el sujeto de derecho moderno, y con este la dignidad humana. A la luz de los hechos, Nancy considera que hay que repensar cuáles han sido los errores del programa moderno: propone un tipo de libertad 'no subjetiva', que sustituya al libre albedrío kantiano que presentaba la voluntad como una suerte de causalidad incondicional. No obstante, Nancy, influido por la filosofía de Heidegger, considera que el sujeto está sujeto al tiempo. Su fundamento es el ser finito. Por tanto, este va a ser el máximo determinante en su libertad. El sujeto está sujeto al mundo, está sujeto al otro, en definitiva. No tiene sentido la subjetividad autónoma de Kant, pues enajena al ser humano de su existencia, como ser-en-el-mundo, determinado por la causalidad empírica.

El sujeto atomizado creciente de las sociedades presuntamente democráticas de Occidente en los años 80 vive creyendo que está solo. Sin embargo, para estar realmente solo, tendría que ser el único sujeto, y esto es una contradicción, porque, lógicamente, para que se dé un sujeto, es necesario que este se refleje en un otro sujeto. Llevando este argumento al extremo, Nancy plantea que para ser uno, este tendría que ser un uno absoluto. Como acabamos de ver, esto no es exclusivamente contradictorio a nivel existencial, sino también a nivel lógico. En definitiva, lo que Nancy quiere poner de manifiesto es que somos entidades existenciales relacionales. Nuestra existencia depende de que existimos en/con el otro, y en este y único sentido somos parte de lo comunitario.

Teniendo en cuenta el pensamiento de Bataille, Nancy reflexiona sobre la muerte, como condición fundamental de nuestra existencia: la muerte es lo único que no podemos compartir con los otros. Es la confrontación con la muerte la forma *auténtica* de ser, y su condición es fundacional para la comunidad. Bataille recoge la idea de que solo entendemos que vamos a morir a partir de la experiencia de la muerte de otro. Estamos conectados con nuestros muertos. Sabemos que ese es nuestro destino porque somos como los que nos precedieron. Nancy *dialoga* con Bataille y Heidegger, hasta concluir que *solo* en la relación con

los otros podemos concebir lo individual. Es la fragilidad lo que hace que los seres humanos tengamos la necesidad de la política. El contrato social no surge, así, de una vuelta a un pasado primitivo *puro*, sino a una necesidad existencial, en la que los individuos co-dependemos de los otros.

Paloma Arroyo Caballero